

MICHEL VAN DE KERCHOVE (1944-2014)*

François Ost

Université Saint Louis (Bruselas)

En este momento, mis primeros pensamientos se dirigen a los estudiantes de la Universidad de Saint Louis, y en particular a los nuevos estudiantes, para quienes la vida universitaria comienza aquí y ahora y que, en este momento inaugural, afrontan un gesto de duelo y la evocación de un difunto. Querría decirles a ellos que este ejercicio nada tiene de morboso ni de convencional. Que el profesor, el antiguo rector cuya memoria evocamos, Michel VAN DE KERCHOVE, fallecido inopinadamente el pasado 23 de julio a la edad de setenta años, fue un hombre fuera de lo común, un hombre con quien nosotros hemos tenido la suerte de trabajar, al tiempo que ustedes, los jóvenes estudiantes, tienen la suerte de entrar en una Universidad cuyos rasgos él configuró ampliamente.

En su día, el rector Pierre JADOUL tuvo la ocasión de trazar la trayectoria académica, científica y política de Michel VAN DE KERCHOVE durante la misa fúnebre. No voy a reproducir hoy ese ejercicio; más bien desearía evocar algunos rasgos de la personalidad de un hombre que, tras haber hecho toda su carrera en la Universidad, permaneció extremadamente activo y presente entre nosotros, incluso tras sus años de profesor emérito, al punto de que la noticia de su fallecimiento, en pleno corazón del verano, se ha dejado sentir en cada uno de nosotros como un embate terrible y totalmente inesperado. Un hombre que permanecerá hasta el final elegante, benevolente, curioso por todo, atento a los intereses de cada cual, investigador y profesor hasta el tuétano.

Exit qui seminet... «El sembrador salió a sembrar». La imagen del sembrador es la primera que viene al espíritu. Y por otra parte, el misal compuesto por sus más cercanos contenía esta frase: «El árbol que tú has plantado, de ahora en adelante dará flores y frutos innumerables». Michel, con audacia, trazó surcos profundos y, con generosidad, sembró —celebrems pues que tendremos tiempo bastante para recoger las flores y los frutos que han germinado y que mañana crecerán de nuevo—.

Estas semillas eran ante todo y sobre todo las de las palabras. Michel fue un artista del lenguaje y sabía que en las ciencias humanas y sociales nuestro único tesoro es la lengua. También amaba las palabras; las elegía con rigor, las combinaba con talento y jugaba con ellas con humor. Explotaba su etimología, sacaba provecho de sus traducciones, rastreaba su ambivalencia, afinaba su significado; este gran jurista fue así testi-

* Discurso en la misa de homenaje a Michel VAN DE KERCHOVE oficiada en la Catedral de los Santos Miguel y Gúdulo el día 15 de septiembre de 2014.

monio de que la justicia comienza por la búsqueda de la palabra justa. Lejos de caer en el preciosismo, esta preocupación por la lengua, nos enseñaba él, era como la escuela del pensamiento, su disciplina y también su placer. Y luego, renunciando a las palabras vanas y pondérandolas en su justo peso, nos enseñó algo mejor que el rigor: la exacta estima de sí, alejada tanto de la vanidad como de la falsa modestia.

Como todo verdadero científico, Michel estaba animado por una curiosidad siempre alerta; raras eran las cuestiones jurídicas que no retuvieran su interés, y tan pronto como se decidía a afrontarlas, descubría el ángulo original que le permitía abordarlas bajo una luz nueva. Con la audacia tranquila de los que piensan por sí mismos, trazaba pistas fecundas que otros siguieron agradecidos. Una vez que él había penetrado su objeto de estudio, su naturaleza y lo que estaba en juego, no había quien lo igualara a la hora de describirlo y explicarlo en todos sus detalles y con gran claridad, defendiendo entonces sus posiciones con firmeza e incluso tenacidad. Nunca dejaría de volver sobre temas que otros redescubrirían tras decenios y hasta el final aceptará participar en coloquios, seminarios y tribunales de tesis, así como a releer, con mucha benevolencia, los primeros trabajos de los más jóvenes. Todo ello explica la amplitud de su bibliografía personal que, al detenerse el contador, cuenta con más de trescientos títulos.

Como sembrador que era, Michel tenía la paciencia del tiempo. Sabía que nada bueno resulta de la precipitación y que las cosas buenas deben madurar [*mûrir*] —y hoy incluso morir [*mourir*]— para dar fruto. Si no cesó de renovar sus objetos de estudio, a cambio nunca dejó de mantener grandes opciones de investigación que él había elegido desde el origen de sus trabajos —para empezar por la convicción de que es el diálogo de las disciplinas el que permite entrever mejor las cosas—. Para él, que dirigió una universidad, animó un gran equipo de investigación, fundó una familia y cultivó amistades muy numerosas, esta paciencia del tiempo se llamaba también obstinación en la acción, constancia en la investigación, fidelidad en el amor y la amistad.

En el fondo, Michel era un hombre de equilibrio y de moderación. No era por prudencia o por cálculo que él prefiriera mantenerse en posiciones intermedias que no entraran en conflicto o no comprometieran; muy al contrario, esta búsqueda del equilibrio —tan emblemática por lo demás de la posición del jurista que sigue buscando ajustar la balanza de la justicia, resultaba de su horror hacia las posiciones dogmáticas y las posturas integristas—. De tal manera que la síntesis que él buscaba, resultaba de un pensamiento muy rigurosamente dialéctico y de una acción siempre concertada y mesurada, que ambicionaba mantenerse lo más cerca de las fuerzas vivas en acción, de los conflictos de interés y de las luchas ideológicas. Nada pues de irénico en este «justo medio»; tan sólo la permanente puesta en cuestión de las certezas convenidas como privilegios de una situación. A lo que también añadido aquí la consciencia aguda que tanto le aproximó a Jean CARBONNIER, a que el derecho no lo puede todo y que, en su conjunto, la sociedad tiene tanta necesidad de derecho como de no-derecho, de orden y de desorden. ¿Acaso no escribió «*Le droit sans peine*»? —escrito queda en el título de una de sus obras principales y hacía falta atreverse—.

El sembrador era también un hombre de equipo. Si bien tomaba de buen grado iniciativas y asumía las responsabilidades, lo que le gustaba por encima de todo era conducir a sus colegas por nuevos caminos de investigación, empujando a cada cual al máximo de sus posibilidades. Lanzó temas, ideas, hipótesis y lo hizo sin acaparar

jamás el mérito en exclusiva, le gustaba verlos florecer o discutir en otras plumas. Si fue asimismo hombre de poder, no dudó en delegar; de la misma manera que, tras diez años, había sabido crearse una original posición de jubilación oficial (pocos saben que se benefició de una prejubilación desde 2004) combinada con una presencia muy activa en las instancias de investigación. Así hizo lugar para los más jóvenes al tiempo que todos seguían beneficiándose de su experiencia y su creatividad.

Michel VAN DE KERCHOVE fue también un hombre de convicciones. Sin duda, permaneció discreto en este aspecto, del mismo modo que el desapego que suscitaban la finura de su pensamiento y la ironía benevolente que impregnaba su conversación no permitían captar de inmediato aquellos compromisos que eran los suyos. Con todo, eran reales y se medían por su duración más que por su proclamación complaciente; también tomábamos consciencia de sus convicciones al comprender los sacrificios que Michel consintió para mantenerse fiel a ellas: ¿Cuántas carreras se podrían haber hecho de ellas, más rentables o más honoríficas aún, si él lo hubiera querido?

Desearía decir, en fin, puesto que es una celebración religiosa la que aquí nos reúne, que Michel fue también, a su modo, un hombre de fe. «A su manera», pues quienes le conocían bien sabían que la complejidad y la dialéctica habían presidido también su educación religiosa: su madre era protestante, su padre, católico. De la una heredó el individualismo y el sentido crítico, del otro la inscripción en una institución, la confianza en el orden de la salvación. Me atrevo a decir que Michel habrá obtenido lo mejor de sus dos venerables tradiciones. De la una, aprendió a sembrar en la alegría, de la otra adquirió el coraje de recortar y renunciar sin complacencia.

Henos pues aquí ante el hombre que nos muestra el camino: un hombre plenamente vivo porque se sabe débil y vulnerable; un hombre comprometido, porque está plenamente expuesto al gran viento de la duda, del misterio y de la fe.

(Traducción de Alfonso García Figueroa)